

El respeto a la tradición (1)

Por Alvaro Sánchez

«Bonum depositum custodi.
Guarda el depósito bueno que se
te ha confiado» S. P. a Timoteo II-I-14

A honra señaladísima, concedida por el Ilustre Señor Rector del Claustro, ratificada por vosotros, y por mí agradecida en lo mucho que significa, tengo el honor de ocupar hoy este sitio para deciros la oración panegírica en la fiesta tradicional por excelencia de este Colegio Mayor.

Cofre venerable del pensar cristiano, fragua de ejemplares varones, quiso que fuera el nunca como se debe loado Arzobispo Fray Cristóbal de Torres; y en las tres centurias que lleva de poderosa vitalidad, ha sabido conservar la limpieza de sus apellidos, defender sus fueros y acrecentar el acervo de títulos a la gloria.

Manos de reina, cuando se expedía por orden de la Católica Majestad de Don Felipe IV la cédula de fundación, bordaron, para que presidiera las nobles tareas de los estudios, la silenciosa labor de la sabiduría, una devota imagen de la Madre de Dios, que desde entonces recibe culto de los que visten la blanca beca rosarista y llevan sobre el pecho la venera de los caballeros de Calatrava.

Imitando al Maestro, que determinó recibir sobre el regazo de su Madre, vivo trono de su realeza, las primeras adoraciones, y sobre el mismo hacer descansar sus sangrientos despojos en la tarde de su inmolación; que a su ruego realizó en Caná el primer milagro, que la hizo ascender la cuesta de la colina expiatoria, y presidir, al ausentarse él de la tierra, el colegio de los apóstoles; y cuando hubo llegado para Ella la hora de la partida hacia la eternidad, no consintió que su carne inculpada sufriera la pesadumbre de los sepulcros y así alentó sobre ella el soplo de la vida in-

(1) Sermón pronunciado en la fiesta patronal de *La Bordadita* en el año de 1938.

mortal, tributa la Iglesia a la Virgen María homenajes de veneración y de amor. En alabanza de la Señora del cielo hanse empleado los ingenios, la actividad y el corazón de los santos Padres y Doctores, de letrados y artistas; a Ella llegan por igual modo la humilde plegaria campesina y la solemne majestad de los sagrados ritos; su efigie enseorea la erguida nave de la catedral y el recogimiento de la pobre ermita; invócanla los pecadores y los justos; a su valimiento se acoge el universo creyente. Nada de extraño, pues, que vuestra piedad quiera, año por año, celebrar a la Madre inmaculada de Jesucristo. Mas ¿por qué de preferencia ante esta tela, cuyas sedas han descolorido los años, cuyos oros, otrora pulidos y brillantes, se han tornado mates, velados de pátina y sombras? ¿No sería lo mismo, si cambiásemos el día del homenaje, si sobre el altar colocásemos otro lienzo, una nueva flamante escultura? Al dogma del culto debido a la Virgen nada afectarían en verdad esas mudanzas. Si un día fuesen destruidos todos los íconos marianos, y el fuego consumiese todos sus recuerdos, la verdad de su santidad, lo excelso de su dignidad, lo eficaz de su amparo quedarían indemnes; y en pie la fe cristiana para invocarla y venerarla.

He dado un calificativo a vuestro homenaje, y creo que de todo derecho le corresponde. Lo he llamado *tradicional por excelencia*: pues en el hecho mismo de venir a honrar como cristianos a María delante de esta antiquísima bordadura, estáis practicando una lección de pura esencia católica, salvadora y fecunda: *el respeto a la tradición*.

De ello quisiera hablaros, seguro de que me lo aprobaréis por oportuno y por ajustado a la verdad.

Si quisiéramos averiguar qué hay en el fondo de la crisis porque ha venido atravesando el mundo, y cuyo fin parece afortunadamente avecinarse —y en lo dicho debemos incluirnos nosotros— ¿qué se descubre? ¿Qué hay como raíz del hondo malestar social, familiar e individual? ¿qué en los múltiples problemas de todo orden, lo mismo en el pavoroso de la lucha de clases, que en los inofensivos en materias de arte y de letras, de las escuelas futuristas? No otra cosa sino un inconsulto y desapoderado afán de romper con el pasado. Tiénense por minados los principios sobre que se afianzaba el edificio social; por agotadas, y por lo mismo incapaces de servir a los novísimos pensares y sentires, las antiguas canteras; por estériles e inútiles los esfuerzos de

innúmeras generaciones: créese buenamente que el mundo se ha iniciado ahora en la vida del pensamiento, en los caminos de la acción: y acaso en el esfuerzo contemporáneo, creído constructivo, no hay más que una obra de implacable demolición.

No hay palabra que tanto halague las mentes idealistas de la juventud, y colme de entusiasmo los pechos mozos, como la que es símbolo de conquistas, de renovaciones, de lucha arriscada, de esfuerzo generoso: ¡*Revolución!* Diríase que al pronunciarla surge la imagen del caudillo, enhiesta la bandera sin tacha, y señalando un horizonte donde todo es luz y promesas; yendo con pisadas de héroe por sobre campos, acaso cubiertos de maleza, por la incuria de cansadas manos, y que sólo esperan la desgarradura benéfica del arado y la siembra generosa para cubrirse de trigos morenos y frescos gajos de triunfo. Mas, ¿se ha pensado si otros ojos no vieron antes el mismo horizonte y si no sería más prudente y eficaz aprovechar los esfuerzos y la experiencia de quienes tragararon esos mismos senderos, que parecen desafiar el esfuerzo de los ánimos luchadores; y considerar si por ventura lo que parece maleza no recata la semilla henchida de jugos vitales?

Como consciente de su oficio de mentora y guía de las caravanas de los hombres, la Iglesia permanece serena en medio de los vientos que soplan, de las vocerías que se alzan, de las agitaciones de la muchedumbre. ¡Ha oído tántas veces el mismo pregón! ¿Qué decían los bárbaros, que abollaron con sus pesadas clavos escudos y cascos imperiales? Rompían con un pasado, eran heraldos de una revolución. ¿Y qué se anunció a la faz de un pueblo, que veían caer cortada por la hoja de la guillotina las rubias cabezas de sus soberanos? ¡El fin de un mundo y el comienzo de una era de libertad! ¡Tan pronto se tornó en ocaso esa aurora que precisa empezar hoy de nuevo! ¡No importa! La Iglesia oye, medita, y adoctrina. Dice al mundo presente, como dijo al que fue y dirá al de mañana, la misma palabra de salud. Habló de caridad y de justicia al pueblo de los Césares; de caridad y de justicia a los bárbaros invasores; modeló con su verdad el medioevo; al incendiarse Europa echó sobre las cenizas y las ruinas, el óleo de su doctrina, verdad, caridad y justicia. Y hoy, cuando en general desconcierto, en unas partes se niega a Dios, en otras se exalta la violencia, y en todas se marcha a la deriva, con el afán de romper con el pasado, vuelve a decir la misma palabra de hace siglos: A los pue-

blos que luchan, a las masas que se agitan, a los conductores que quisieren oírlo: *Ego sum via, et veritas et vita*. Soy el camino, la verdad y la vida.

La Iglesia, si miramos a la movilidad circundante, es un puro anacronismo. Vive de un libro que se escribió hace muchas, muchísimas centurias, sin permitir que nadie sea osado a poner en él mano irreverente para modificar un solo concepto; repite ceremonias que nacieron en el seno de sus cementerios florecidos de martirio y dolor; habla en una lengua que enmudeció há ya muchas edades: todo lo suyo trasmina un aroma de antigüedad, y en ese anacronismo milenarío finca su fuerza, es un argumento de que está en posesión de la verdad.

Si en ella hubiera revoluciones y mudanzas, si también su doctrina sufriera el imperio de la hora; si también quisiera romper con el pasado, ¿qué significaría? Que insegura sobre el depósito que le fuera confiado, buscaba para perdurar el acomodarse a las exigencias de movilidad y de perpetuo cambio que dominan al mundo. Tengo para mí que hay dos linajes de anacronismos, dos maneras de estar fuera del tiempo: la de aquello que el mismo tiempo devora: usos que fueron, civilizaciones que se extinguieron, moldes de vida que se quebraron; y otra, la de lo eterno que vive fuera de lo que fluye, y tiene poder y señorío para encauzarlo: tal el divino anacronismo de la verdad.

La Iglesia no niega su pasado: lo guarda, lo exalta, lo pone por norma a las generaciones que nacen. No modifica una letra de sus enseñanzas; dice y repite que "*ad omnia utilist est*" que "*promissiones habet vitae quae nunc est et futurae*, que tiene las promesas de la vida presente y de la que está por venir.

Los Libros inspirados y la venerable tradición, depósitos unos y otra de la palabra revelada, son los dos fuegos inextinguibles que arden siempre en sus pupilas abiertas.

Es, pues, la Iglesia esencialmente tradicionalista; por ello os dije que a más de ser vuestro homenaje acto de piedad, era una lección de pura esencia católica, de catolicidad fundamental, salvadora y fecunda.

El culto de la tradición es *salvador*. "Cuanto más profundamente se siente un hombre a sí mismo en el pasado, escribe un pensador contemporáneo, tanto más fuerte es su deseo de seguir sintiéndose en el porvenir. (1) ¿Qué fuera

(1) Defensa de la Hispanidad.—Ramiro de Maeztu.

de la personalidad humana, si por la memoria de los años que fueron, no se sintiera idéntica a sí misma, y mediante esa persistencia no aprovechara de sus experiencias en orden al propio perfeccionamiento? El más genial creador de arte, el más vigoroso forjador de obras potentes, en su incesante anhelo de superación, recuerda o tiene presente lo que fue para adelantarse a sí mismo; pues así como la propia memoria es, por así decirlo, la tradición personal, un entregar el instante que pasa al que nace su leve conquista, la nota fugaz, el átomo de oro alcanzado con doloroso empeño para modelar así a poder de ese incesante renacer gallardamente aprovechado, nuestra fisonomía interior; así la tradición es la memoria de los pueblos. "Para todo lo que está sometido a la ley de la sucesión y la mudanza, dice Lacordaire, para todo lo que vive en el tiempo, la tradición es un elemento necesario de esa misma vida. Porque es no solamente el recuerdo de lo que fue y ya no es; sino la continuación del pasado en el porvenir. Sin la tradición la vida no sería sino una sucesión de momentos sin unidad entre sí: una gota de agua que cae después de otra gota de agua. La tradición es el lazo del presente con el pasado. Por ello júntanse en un total las horas, y los años, y tenemos conciencia de ser entidades permanentes a pesar de la rapidez con que la ola del tiempo nos arrebatara. Ella, la tradición, enlaza las generaciones en un solo sér moral que se llama la familia; las familias en un solo cuerpo que llamamos pueblos o naciones; y los pueblos en un todo que denominamos género humano. Sin la tradición, que mantiene la unidad en la sucesión, el universo no sería, sino una entidad inconclusa; perecería en cada momento de su incesante creación.

"Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, y es cita de Menéndez y Pelayo, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora". Y es que la tradición a más de ser salvadora es fecunda. La conciencia de que se persiste da energía para mirar sin titubeos el porvenir; la comparación de lo que se hizo con las posibilidades presentes, es germen de futuras creaciones. Si el pasado esplendió con fulgores de sólida grandeza, ¡qué de empeños habrán de ponerse en actividad en la ruta para no empañarlos! ¡Cuántos dormidos bríos despiertan a la clarinada que viene de una pretérita y gloriosa lejanía!

Aun hablando humanamente, los lejanos ecos de la tradición han sido el acicate de los pueblos para salir a flote

en las horas de sombrío naufragio. Perdonadme si a cuento traigo, en lugar y proporción en que no se respira sino religioso recogimiento, las voces que llegan hasta el santuario desde las marejadas humanas. Ora es el conductor que, para unificar ánimos disociados por peligrosas doctrinas, debilitados por un largo combatir con poca próspera fortuna, acobardados por la pobreza que en clímax creciente amenazaba convertirse en miseria, evoca la victoriosa memoria de la era lejana cuando la tierra tremía al paso de las armadas legiones y los viales dilataban sus perspectivas hasta todos los términos del universo conocido, y en el idioma imperial se dictaban las leyes que regían a muchos millones de hombres. Ese pueblo tuvo otra vez la conciencia de sí mismo, de su pasado heroico; advirtió que los arcos triunfales podrían dejar pasar bajo de su bóveda solemne a los claros varones de nombres sonantes dignos de perpetua memoria. Otro que errará acudir al sortilegio de la raza, hacer resurgir a las walqyrias de trenzas de oro que ciñen con la fronda de los bosques sagrados las sienas fatigadas en la brega. Otro tocará a las puertas de los sepulcros de los paladines que fueron, y nombres de sabor milenario y hazañoso volverán otra vez a ungir las bocas que no sabían sino reír, y que volvieron a aprender a orar con el ruego de los cruzados, de los caballeros, de los conquistadores y misioneros; con el brío que levantó los muros de Avila y lanzó al cielo las gemelas flechas brugalesas. ¿Y quién sabe si hasta en la tragedia de la estepa no hay también un recuerdo fatídico de los tártaros de brazos membrudos, de los hunos fieros, de los cascos de los caballos de Atila?

Ese poder dominador de un recuerdo, de la memoria de una olvidada grandeza, constituye en los grandes movimientos sociales del día lo que el Padre Ducatillon llama una mística infrarracional, fuerza telúrica, grande y trágica, no siempre por desgracia inspirada en realidades dignas de perduración y de evocación, no siempre encaminada hacia el bien; fuerza a veces pasional y por lo mismo ciega.

Pues si tanto es el poder renovador de una tradición oportunamente evocada, el conjuro de ideales que pasaron definitivamente por errados o no tan universales y puros como los cristianos, que hacían nuestras tradiciones de fe, de catolicidad triunfante, espiritualismo puro y eterno! Cómo no recordar que el pensamiento cristiano cambió la faz del mundo, hizo florecer los yermos con lirios de santidad, echó los cimientos de su fábrica sobre las osamentas de sus márti-

res, y en trayectoria prodigiosa, alcanza a nuestra edad, para salvarla, después de haber civilizado las que fueron, y seguirá dilatándose hasta el porvenir más remoto, hasta tanto que el tiempo fenezca y descorra Dios el pabellón de los cielos para manifestar a toda la humanidad congregada la tremenda verdad de su justicia y la gloria de su amorosa bondad.

Paréceme, y no creo sea optimismo exagerado, que todo anuncia en el mundo el retorno al culto de lo tradicional, el triunfo de las ideas de cordura, de paz, de conciliación, prelude de sosegados días. Los riesgos que ha traído consigo el romper violentamente con el pasado, el negar, por así decirlo, la propia personalidad social, el empeño loco de destruir una labor de centurias, con notoria injusticia, se ha visto que aportaba problemas tan graves y precipitaba a los pueblos a derrumbaderos tan peligrosos que se ha buscado con afán el secreto de la supervivencia en la tradición; el mundo quiere afianzarse en el pasado. También para nosotros ha cesado el germinar de una oscura tendencia destructora y desconocedora de nuestra tradición; las luchas sociales que se sentían inminentes, parecen debilitarse día por día. Algo anuncia que la conciencia de nuestra personalidad histórica se hace sentir cada vez con mayores promesas de éxito para hacernos cumplir nuestra misión en el concierto del mundo.

Mas ¿qué deberemos entender por tradición? ¿Acaso la tendencia tozuda a conservar formalidades que ya no tienen razón de ser? Ciertamente que no. "El verdadero tradicionalismo, dice Daniel Rops, recibe de la historia lecciones esencialmente espirituales y no formales. La mejor manera de ser fiel a una tradición consiste en encontrar el punto en que podría injertarse en las actuales condiciones del mundo para continuar vivificándolo." (1)

Este Colegio es celoso guardián de las patrias tradiciones. Cuando, como en la presente ocasión, se procura exhortaros al amor a lo tradicional en vuestro Instituto, no quiere decirse que hayáis de añorar por las hopalandas que vistieron los colegiales de antaño, por los actos solemnes donde la escolástica pura esgrimía silogismos escuetos como dagas desnudas, por los aromas coloniales; sino por el espíritu que informó a esas generaciones, a esos varones y les dio categoría de egregios en los valores

humanos y de cabales cristianos en lo divino; si ya no es que esta postrera denominación abarca una y otra esfera: un cristiano cabal, es un caballero sin tacha, un patriota ejemplar y un ciudadano del reino de Dios.

Guardar vuestras tradiciones será, mirando esa tela deshilada acaso y amortecida y desdorada, hacer memoria que por ella subieron como por escala misteriosa, hasta el cielo, los ruegos de patriotas y de letrados no desdeñosos de su fe, sino santamente orgullosos de ella. Las sombras de los que aquí oraron y construyeron con su inteligencia y su cristiano corazón, con las puntas de sus aceros y con las de sus plumas, la grandeza y la dignidad de la patria, se cierren sobre vosotros para advertiros en orden a guardar celosamente el santo depósito que os ha sido confiado. Como de los viejos claustros del Rosario salieron en lo pasado los doctos y los próceres, el juriconsulto y el mártir; así continúa hoy y continuará mañana el desfile triunfal: porque el mismo espíritu que informó a esos ejemplares de varonía y de hombría de bien, alienta en vosotros y os imprime un sello de auténtica grandeza.

Sentíos unos con los que fueron, y entonces estos claustros y este santuario y esta imagen os hablarán en su lenguaje taumaturgo; el Colegio os mostrará su finosomía de ciudadela de la patria. La Bordadita verterá sobre vosotros sus celestiales claridades, muy más hermosas que las del lucero del amanecer. Viene la nueva aurora y vosotros habéis respondido ya a la llamada; la Iglesea espera de vosotros espléndida floración de cristianas virtudes, y la patria os aguarda para confiaros sus destinos.

Señor Rector, bien podéis estar ufano de vuestra obra. Genuino continuador de los ilustres conductores que ha tenido este claustro, la herencia de doctrina, de virtud y de patriotismo secular se ha acrecentado bajo vuestra sabia dirección y ejemplo. La Iglesia os exaltó con sobra de merecimientos, y la patria os venera como a un esclarecido guía de juventudes, paciente artífice de su gloria presente y de su grandeza futura.

ALVARO SANCHEZ

(1) Ce qui meurt et ce qui nait.